



# LA BOTÁNICA DE UN GENIO

Nadie encarna mejor al hombre del Renacimiento que Leonardo da Vinci. Obsesionado por la belleza y la armonía, su brillantez intelectual le llevaría a dominar casi todas las ramas de las artes y las ciencias. Ahora, una exposición en Florencia nos revela al botánico que también llevaba dentro. Por Andrés Rubín de Celis





En la otra página, dibujo  
'Cerezas y guisantes',  
perteneciente al  
'Códice B' que custodia  
el Institut de France  
(París). Aquí, un apunte  
de 'Fruto del cacao' en  
uno de los numerosos  
cuadernos de Leonardo.





Detalle del Gran Claustro de la Basílica de Santa María Novella con sus frescos de la 'Vida de Cristo y los santos dominicos'. En primer término, el poliedro que Leonardo diseñó para el manuscrito 'De divina proportione' de Fray Luca Pacioli, símbolo de su visión armónica de la relación entre el hombre y la naturaleza.

**L**eonardo da Vinci. Basta pronunciar su nombre para corporizar la más perfecta imagen que aún tenemos de la genialidad poliédrica, aquella que se extiende por toda disciplina y ámbito —en su caso, fue pintor y escultor, arquitecto, ingeniero, diseñador, urbanista, inventor, tratadista y poeta, músico, filósofo, matemático, biólogo, anatomista, paleontólogo, físico, geólogo y astrónomo— con pinceladas luminosas que en nada ensombrecen el rigor de su método. Giorgio Vasari exalta en su legendario *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos* (Cátedra, 2011) una mente que “concebía tan difíciles, sutiles y maravillosas ideas, que sus manos, hábiles como eran, jamás podrían expresarlas. Sus caprichos eran tan numerosos, que filosofando acerca de las cosas naturales llegó a entender las propiedades de las hierbas y observó los movimientos del cielo, la órbita de la luna y el curso del sol”. Su colega Walter Pater, con la ventaja de tres siglos de perspectiva, afinaría el retrato intelectual explicando que Da Vinci “se sumió en el estudio de la naturaleza (...) meditó acerca de las ocultas virtudes de las plantas y los cristales; de las líneas trazadas por las estrellas cuando se mueven por el cielo; de las correspondencias

que existen entre los diferentes órdenes de los seres vivientes, por medio de las cuales, para los ojos que saben ver, se interpretan unos a otros”. Resumiendo, no solo fue pionero del pensamiento sistémico, sino que sentó las bases de la ciencia moderna. Una nota en uno de sus numerosos códices es suficiente para demostrarlo: “Por más que la naturaleza empiece por la razón y termine por la experiencia, nosotros debemos seguir la marcha contraria; es decir, empezar por la experiencia y con ella investigar la razón”.

“Leonardo expresa a la perfección en su trabajo botánico la búsqueda que Aboca comenzó hace más de 40 años: no solo lo que la naturaleza puede darnos, sino lo que nosotros podemos hacer por ella. Tanto él como nosotros repensamos la relación circular entre el ser humano y la naturaleza desde una cultura humanista”. Habla Valentino Mercati, fundador y todavía presidente a sus 80 años de Aboca, auténtico pilar de la exposición *La botánica di Leonardo. Per una nuova scienza tra arte e letteratura* (hasta el 15 de diciembre en Florencia), que culmina el intenso año de celebraciones del 500 aniversario de la muerte del polímata florentino. Y su hijo Massimo, director general de la compañía familiar, quiere poner sobre la mesa el concepto de *economía civil*, una alternativa al capitalismo desatado fundada sobre principios como responsabilidad y reciprocidad: “No hay cálculo de



Retrato grabado de Leonardo da Vinci por J. Diéguez publicado en la revista 'La ilustración artística' en 1896.





La sección de un tronco centenario ilustra el trabajo pionero de Leonardo en dendrocronología, la ciencia que data el crecimiento de los árboles. A la dcha., facsímil extractado de sus 'Códices Madrid', que tratan de geometría, mecánica y estática.

beneficios ni esponsorización, es algo totalmente diferente: al crear esta exposición apostamos por comprendernos mejor a nosotros mismos, y también por crear valor para vender más, y no al revés”.

Estamos en el claustro mayor de la Basílica de Santa María Novella y no es casualidad que éste albergue la farmacia más antigua de Europa, fundada por el Gran Duque de la Toscana Cosme II de Médici en 1612. Tampoco que Da Vinci ocupase una habitación del piso superior durante algunos meses mientras concebía su inacabada *Adoración de los Magos* para la iglesia de San Donato de Scopeto. Quedan 24 horas para que se inaugure oficialmente, pero un puñado de periodistas internacionales tenemos la suerte de visitarla guiados por sus dos comisarios científicos y el clan Mercati al completo. Stefano Mancuso, director del Laboratorio Internacional de Neurobiología

Vegetal de la Universidad de Florencia, aclara de partida el objetivo de un proyecto que ha costado más de dos años materializar: “No buscábamos profundizar en su figura sino recuperar una dimensión postergada de su trabajo; la botánica ha sido siempre una ciencia marginal”. Y el segundo *curatore*, el físico austriaco Fritjof Capra, autor de *La ciencia de Leonardo* (Anagrama, 2010), añade que “se trata de una muestra de ideas filosóficas, científicas y artísticas sobre la botánica, enfocada desde la concepción sistémica del conocimiento de Leonardo”, mientras paseamos entre manuscritos y dibujos originales, pantallas interactivas y un vergel de plantas que trepan por las paredes. La exposición plantea un relato multidisciplinar complejo, formado más por ideas que por obras, que traslada a nuestros días las reflexiones y preguntas leonardianas en torno a la relación hombre-naturaleza, tan actuales hoy, cuando el cambio climático se ha demostrado el mayor reto de nuestro tiempo, como entonces. Mancuso y Capra coinciden en este punto: “Si el sistema natural no se mantiene, la vida es del todo imposible en nuestro mundo, algo que Da Vinci ya tenía claro”. Y el patriarca Mercati resume su advertencia en un verdadero titular: “El futuro será verde o no será”. ❖

*Este artículo comenzó a tomar forma en mi cabeza durante una irrepitible visita nocturna y solitaria a la Capilla de los Españoles de Santa María Novella, sugerido mitad por el recuerdo de aquel “Via, veritas e vita” del catecismo de mi infancia, mitad por un delicioso Chianti que aún paladeo.*